

### CUATRO FOTOGRAFÍAS VELADAS

*Miguel Ángel Cejudo López*

Cuando Pedro cerró la puerta lanzó una mirada fría a Julián que disimuló con una sonrisa de cartón. Sintió una molesta sensación de asco e indiferencia, quizás era un mimetismo de odio, y pensó que esta sería la última vez que lo vería entrar en su casa, que estas podrían ser las últimas horas en que lo vería vivo.

Que su propio destino lo decide uno mismo era algo que Pedro había pensado toda su vida. Estuvo convencido de que las personas son lo que quieren ser y no lo que les ha tocado. Como pintor que era le gustaba decir que cada persona tiene delante un lienzo blanco y que va pintando la obra según su propio arte. El resultado del cuadro dependería simplemente de uno mismo y de los materiales que emplee. Aunque desde que determinó acabar con la vida de su amigo Julián estaba cambiando su parecer. Era evidente que si él decidía el destino de otra persona, ésta no podía decidir el suyo propio.

Pedro conoció a Julián cuando estudiaba Bellas Artes. Todos los jueves acudía al Café París, que se encontraba frente a la facultad, donde se celebraba una tertulia de artistas. Julián era uno de los camareros, aunque no uno cualquiera. Además de eficiente, educado, inquieto y culto, él era el propietario del negocio. Poseía un atractivo que se escapaba de lo común y lo mostraba mezclándose con la clientela mientras trabajaba. Decidió montar el Café después de viajar por toda Europa como un bohemio, escribiendo poesía, cantando lírica, dando conciertos de piano, enseñando música y literatura a hijos de burgueses acomodados. Llegó a una edad en que pensó que lo mejor era regresar a casa y crear un lugar acogedor de encuentro para nuevos artistas y mentes inquietas, que no estuvieran corrompidos por egos desmesurados, aires de superioridad u otras sustancias estimulantes y destructivas. Toda esta sabiduría natural y adoptada provenía de su talento innato y de recibir una educación exquisita aun habiendo nacido dentro de una humilde familia de pueblo. Sus padres, al no poder mantenerlo, le internaron en una congregación religiosa donde los profesores observaron en él unas habilidades artísticas que no tardaron en estimular y fomentar. Al crecer, y después de estar «encerrado» mucho tiempo, decidió viajar y comprobar por él mismo el fluir del arte y de los artistas.

Gracias a todo ese bagaje cultural y vital, Julián podía, con la misma soltura con la que servía cafés y copas, meterse en las conversaciones dando su particular y siempre

sabia opinión. Él conocía a todos y todos le conocían a él. Ese fue precisamente el mayor atractivo que le vio Pedro. Necesitaba conocer a mecenas que apoyasen a jóvenes pintores y personajes que compraran arte ... Y para ello, sin duda, el mejor enlace era Julián.

Al principio de conocerse se ignoraron durante las tertulias de los jueves. La actitud reservada de Pedro no atraía al propietario del Café París. Por otro lado, el joven pintor observaba con recelo a una persona que mientras servía una copa de aguardiente a un reputado literato le podía hacer una observación, de manera vehemente pero educada, sobre las corrientes más vanguardistas del momento. Le parecía atrevido y pedante. Lo cierto es que aunque a Julián muy pocas veces se le veía malhumorado, algunos comentaban de que era mejor no cruzárselo cuando una mujer le rechazaba. Solía no aparecer por el local en un par de días. Y eso que era una persona que siempre y bajo cualquier circunstancia defendía la sinceridad. Ni en su local ni en su vida había espacio para la falsedad. Esa actitud le había proporcionado algunos enemigos pero también un gran número de fieles amistades que él valoraba mucho. Como apreciaba enormemente la compañía femenina, que nunca le faltaba. Este tema Pedro no lo acababa de entender. Julián tenía una especial habilidad para atraer a muchas mujeres, no importaba edad ni condición social, que le admiraban y eso que el pintor creía que el físico del camarero no se ajustaba, ni mucho menos, al canon establecido de belleza masculina. Lo contrario que opinaba de él mismo, pues se tenía en bastante estima tanto física como artísticamente. La verdad es que también gozaba de bastante éxito entre las mujeres de su mundo personal, e incluso entre los varones.

Con el tiempo el pintor acudió más a menudo al Café y las charlas con el propietario pasaron a ser más frecuentes. El interés de uno para abrirse camino en el círculo artístico - o al menos para poder comer cada día - y la predisposición del otro para ayudar a jóvenes talentos consiguieron que la relación se consolidara y que se pasara a una amistad más profunda. Se encontraban muchos días en el estudio de Pedro para hablar de sus obras, de su enfoque, de su salida a posibles compradores y de encargos que Julián conseguía gracias a sus múltiples contactos. Casi siempre acababan cenando cualquier cosa que hubiera en la despensa y charlando mientras fumaban un buen puro y tomaban alguna copa de licor que habían traído del local. Hablaban de la vida, que lo es todo, y de la muerte, que también. Y de su amistad, que aunque fuera sincera tenía una carga de intereses muy pesada. Muchas relaciones - le gustaba comentar a Julián - prosperan cuando uno va admirando las virtudes del otro pero llega el momento en que también hay que soportar sus defectos si se quiere mantener el vínculo.

Pedro comenzó a odiar a Julián porque éste siempre decía la verdad, y las opiniones no halagadoras sobre su obra puede acabar por fastidiar al artista más orgulloso. El pintor sí sabía mentir y fingir aprecio ante los comentarios y consejos de su amigo si esto lo podía utilizar para conseguir más prestigio y seguir viviendo por amor al arte. Pero en verdad, el auténtico odio que sentía era el que le causaba el miedo a que Julián revelara un secreto personal que solo sabían ellos dos y Alonso. El camarero había amenazado con difundirlo entre conocidos comunes, y ante la posibilidad de cumplirlo, Pedro ya tenía preparada la cicuta para asesinarle. La siguiente noche en que cenaran juntos quizás esta misma noche - no dudaría en utilizarla como condimento.

Los dos amigos entraron a la estancia que antiguamente era un amplio salón y que ahora estaba acondicionada como estudio. Allí se encontraban Carmen y Alonso. Mientras ella se estaba preparando para posar, él daba los últimos retoques técnicos a sus cámaras y a las luminarias que se disponía a utilizar en breve para la sesión fotográfica.

Julián conoció a Carmen a través de Pedro. Cuando en el último año de estudios el pintor necesitó de una modelo para realizar una serie de cuadros sobre el desnudo femenino, no tuvo más remedio que acudir al barrio bajo para reclutar a alguna mujer joven, de aspecto saludable y que cobrara poco dinero. No fue fácil, pero una noche tuvo suerte y se le apareció una estrella errante que brillaba más que las demás en aquel firmamento triste y decadente. A partir de entonces, Carmen comenzó a frecuentar los bares y estudios de varios artistas para ganarse la vida al margen de su trabajo público. Era una prostitución de más nivel porque era con fines artísticos y porque sus clientes, a pesar de que algunos dieran más pena que ella misma, solían pagar dos veces, una por posar y otra por acostarse con ella. Además, siempre procuraba coger algo de comida para llevar a sus dos hijas, que permanecían con Aurora, su querida vecina, madrina y gran amiga.

Después de algunas veces de asomarse por el Café París, Julián percibió el aroma de mujer fuerte e inteligente que desprendía Carmen. Siempre le sorprendió que detrás de aquella juventud y de aquella belleza se escondiera una prostituta de la calle y una madre precoz que arremetía contra la vida con buen humor y determinación. La ocasional modelo mostraba una elegancia poco acostumbrada en el lumpen, unas formas de familia acomodada y una educación de buenos colegios. Aunque era coqueta, presumida y muy femenina, no pretendía seducir a los demás, quería gustarse a ella y a sus hijas. Era lo único que poseía y lo que más amaba. Por eso, aunque trabajara la calle, siempre buscaba hombres que aparte de desearla le mirasen a los ojos y le trataran decentemente. Nunca le importó, por ejemplo, que le besaran en los labios - sus besos eran como un guiñol que improvisaba ilusiones para almas perdidas - pero a cambio exigía un trato de acorde con su condición de persona.

Las dotes seductoras y educadamente cultas del camarero agradaban a la modelo pero ésta ya tenía la piel muy dura y preparada contra la picadura del palabrerío vacío. Ella solo se sentía atraída por miradas limpias y sinceras, nobles y caballerosas, como la que conoció hace unos años y que después pudo comprobar, tras dos partos y muchos golpes, lo equivocada que estaba y lo mucho que necesitaba aprender. Después de aquello ningún hombre la había vuelto a enamorar. Solo Alonso, el fotógrafo, consiguió erizarle el vello con su mirada profunda y transparente. Era tal su fuerza, creía Carmen, que incluso atravesaba el objetivo de las cámaras.

Sin embargo, aunque Julián la mirase con admiración y deseo, aunque se acostaran en varias ocasiones y aunque el camarero jamás le mintiera cuando le susurraba sus sentimientos, Carmen sabía que un seductor lo es toda su vida y nunca cesa de buscar presas; si acaso disminuye o aletarga su disposición. Él le había prometido una vida digna y acomodada; nunca más trabajaría en la calle ni posaría para aprendices de artista. Pero el pretendiente dudaba de sus compromisos cuando hablaba de las pequeñas hijas de la modelo. Ahí era

donde perdía su encantadora sonrisa y afirmaba que estarían mucho mejor cuidadas y educadas en uno de los mejores internados de la provincia. Carmen, como siempre que salía el tema, contestaba que solo aceptaría desprenderse de sus hijas si su interlocutor era capaz de desprenderse de sus atributos masculinos más apreciados. Y enterraba la cuestión.

Eran contadas las ocasiones en que el propietario del Café París perdía la compostura y el saber estar. Con la atractiva prostituta le ocurría que, después de aceptar educadamente otra negativa a sus promesas, se encerraba en la trastienda del local y lloraba durante unos minutos con ese llanto nervioso de persona indefensa y desatendida, inmadura para afrontar contratiempos. En alguna ocasión pensó en romper alguna botella después de tomar unos tragos y herirse las muñecas mientras mezclaba sangre y licor esperando que su dolor acabara para siempre. Hasta el momento nunca llegó a hacerse daño pero como en aquellas ocasiones solía beber demasiado, sí se le pasaba por la mente hacérselo a la pretendida modelo. Durante los periodos de resaca reflexionaba sobre sus criminales instintos y retrocedía en sus intenciones. Al menos hasta hacía unos días.

Julián fue invitado por su amigo Pedro a una sesión fotográfica que Alonso iba a realizar con Carmen para probar una novedosa cámara recién comprada en Inglaterra. Como la fotografía era un arte bastante desconocido resultaba excitante acudir a una auténtica demostración. Pero en las intenciones del camarero también existía un plan paralelo al artístico; si la situación y las circunstancias eran favorables, acabaría con la vida de la modelo esa misma noche. Julián nunca llevaba navaja ni cuchillo en los bolsillos pero aquella mañana acudió a comprar una pequeña y afilada navaja a un comercio de la parte alta de la ciudad, al otro lado del río. Sabía perfectamente que encontrar el cuerpo de una prostituta en un callejón del barrio bajo, entre desperdicios y humedades mezclados con la sangre que desprendía la mortal herida de una navaja, no sorprendería a las autoridades ni al vecindario. Siempre era una buena noticia para el consistorio saber que desde aquel día habría una menos.

La atractiva modelo, un tanto ausente, se preparaba para posar sentada entre gasas transparentes siguiendo las indicaciones de Alonso. Julián la observaba con una extraña mirada que mezclaba a partes iguales deseo y odio, una mirada que ella ya la había advertido en multitud de hombres. Entretanto Pedro, que admiraba todo lo que rodeaba al casi desconocido mundo de la fotografía, contemplaba como el artista preparaba el material y el escenario. En ocasiones, su mente se evadía y recreaba la condimentación de la envenenada cena que prepararía a su estimado camarero.

Carmen conoció a Alonso a través de Julián. Una de aquellas tardes de otoño en que ver a alguien por la calle era tan difícil como provocar una sonrisa en los labios de Alonso, Carmen se acercó al Café París para tomar una copa de aguardiente. Tenía el cuerpo muy frío y se dirigió a la barra donde se encontraba el camarero sin reparar en la presencia de un tímido y elegante hombre que la miraba embobado. Una vez hechas las presentaciones y tomado un trago el licor, la joven prostituta comprobó como la mirada del fotógrafo que no dejaba de escrutarla - hablaba más que todo su rostro. Quedaron para hablar más detenidamente de proyectos en una próxima ocasión. Julián contempló la escena con cierto

recelo pues había notado a Carmen más simpática de lo acostumbrado estando fuera de servicio. Pero estaba convencido, pues lo conocía muy bien, de que a Alonso solo le interesaba el potencial artístico de las mujeres.

Se vieron varias veces antes de iniciar las sesiones de fotográficas. Cuando comenzaron, siguieron algunas que se prolongaron hasta cerrarse la noche. Acabaron acostándose en alguna de aquellas ocasiones y manteniendo una relación basada a partes iguales entre el respeto y admiración mutua, una porción de cariño y otra de amistad. Fue un romance oculto para los demás, les gustaba saber que solo les pertenecía a ellos. Se adoraban e incluso Alonso se atrevía raro en él a mostrarle poemas y versos que escribía pensando en ella; era su musa. Carmen se enamoró y era consciente de que no era correspondida de la misma manera. Siempre había creído que todo hombre busca la princesa prometida y toda mujer a su príncipe azul. Estaba convencida de que se encontraba ante un buen aspirante, aunque algo fallaba y no sabía muy bien el qué. Ella era una mujer con personalidad y estaba decidida a quererle mientras su cuerpo se lo pidiera porque sabía que el amor que se enmascara en la amistad puede tener incluso más valor que el que hay detrás de una pareja a la que solo une el sexo o el dinero. Alonso, por su lado, estaba maravillado con el cuerpo y la mente de la modelo. Veía a una obra de arte viviente en Carmen, por físico, por estilo y por carácter. Pero no la quería, no más que como amiga y amante ocasional - que ya era mucho - y se sinceraba consigo mismo cuando pensaba que si él no fuera artista probablemente no mantendría una relación con la bella prostituta.

Al principio tuvieron una complicidad muy alta. Ella se sentía confiada y segura con la sensibilidad del fotógrafo, y él estaba convencido de que podría sacar todo el partido a sus técnicas gracias a la arrolladora fuerza y carisma de la modelo. Formaban una gran pareja artística, disfrutaban estando juntos e incluso a Alonso se le veía más sonriente y sociable. Carmen creía que los ojos y la mirada del tímido artista eran los más bonitos que había visto en su vida, tan solo el que era padre de sus pequeñas hijas tuvo unos ojos igual de bellos, aunque su mirada acabara despidiendo odio a través de las pupilas. Pero lo que en verdad acabó por seducirla fueron sus fotografías. Cuando Alonso le enseñó las primeras obras que había realizado con ella, no pudo contener la emoción. Empezó a temblar, apenas pudo comentar que jamás ningún pintor había captado el alma y el sentimiento de una mujer como lo había conseguido el fotógrafo. No sólo era el realismo de las fotografías sino también la evocación, lo matizado, la insinuación, lo oculto tan bien mostrado y reflejado. Carmen estaba encantada con el arte de Alonso. El artista se excusaba diciendo que todo el mérito era de la modelo, aunque reconociera en su interior que esto no era del todo cierto.

Todo cambió días atrás aunque ya hacía varias semanas que ella sospechaba que el fotógrafo suspiraba por otra mujer. Una tarde encontró unos poemas de amor en el estudio de Alonso y reconoció la letra del artista. Eran esbozos de lo que podían ser unas declaraciones, una revelación de sentimientos guardados, versos para un amor callado o escondido, quizás platónico. Carmen comenzó a apenarse y a resignarse, veía difuminarse su príncipe azul por culpa de otra mujer. Pero estaba equivocada, pudo descubrir al poco tiempo que Alonso se sentía atraído por un hombre. Él se lo confesó, aunque no quiso revelar el nombre.

A pesar del desengaño continuaron la relación profesional y de amistad gracias al gran cariño que se tenían. Una mañana quedaron para hacer una sesión de fotografías aprovechando la luz de las primeras horas del día y ella acudió temprano porque pensó que así prepararía un buen desayuno. Algo más tarde, con el estómago contento y mientras él ajustaba el material de trabajo, ella esperaba sus indicaciones observando unas fotografías recién positivadas en papel y puestas a secar. Se detuvo ante unas imágenes que le impactaron, mostraban a niños del vecindario mientras jugaban desnudos. Entonces, extrañada, preguntó al artista por el motivo de su realización. Alonso respondió casi sin hacer caso y sin apenas ruborizarse que tenía una serie de clientes muy adinerados que le habían solicitado obras sobre jovencitos desnudos jugando entre ellos y además, añadió, que a los vecinos les vendría muy bien lo que cobraron. Él no encontraba mal trabajar por encargo para algunas personas si eso le permitía poder comprar más y mejor material con el que poder experimentar. Carmen preguntó a continuación si ese era el motivo por el que insistía desde hacía unos días en fotografiar a sus hijas, y la respuesta fue un «sí, claro» seco, frío, cínico y sin vergüenza alguna. Tal y como se había tornado la mirada de Alonso. Ella se marchó del estudio del fotógrafo sin argumentar nada y solo se vieron un par de veces antes de encontrarse esta noche en casa de Pedro. El motivo de la aparente reconciliación profesional no era otro que simular una amistosa relación como antesala del crimen que Carmen estaba dispuesta a cometer, si las circunstancias la acompañaban. Quería invitar a cenar al fotógrafo para aclarar «malentendidos».

Carmen se encontraba preparada para posar sobre el diván medio desnuda, pero en su ropa de calle llevaba escondido el arsénico que utilizaría para apartar de la vida a un miserable como Alonso, un príncipe que nunca había dejado de ser sapo. Guardó durante un tiempo el veneno en casa de Aurora, su madrina, preparado para usar el día en que se atreviera a venir de nuevo el padre de sus dos hijas. Hasta la fecha no había ocurrido tal cosa y ya pensaban que nunca tendrían que utilizarlo. Estaba la modelo repasando mentalmente su plan mientras observaba con cínica sonrisa a Alonso. Éste se encontraba calculando la distancia focal que le separaba de la modelo mientras Pedro y Julián seguían sus movimientos atentamente detrás de un biombo dispuesto para separar el escenario artístico del resto de la dependencia. De vez en cuando Alonso miraba discretamente y con tristeza disimulada a Pedro, el bello pintor.

Alonso conoció a Pedro durante una de sus primeras exposiciones. Había conseguido, a través de Julián, que un coleccionista de arte acondicionara un antiguo taller como sala de exposiciones y que apostara por un chalado fotógrafo que se dedicaba a experimentar con la imagen. Eran técnicas bastantes novedosas para la época y calificadas como vanguardista para unos o simple plasmación de una realidad sin arte ninguno para los demás. Julián acudió como había prometido y vino acompañado de un joven y prometedor pintor que se estaba promocionando dentro del universo artístico. Era Pedro, el cual percibía en los asistentes a la exposición una gran oportunidad de relacionarse y conocer a futuros compradores y mecenas. Porque lo cierto es que reconocía en la fotografía un arte incompleto por carecer de color y de probabilidades de estilo, pero él no estaba allí para hablar mal de nada ni de nadie y se mostró encantado de conocer a tan brillante autor y tan sorprendente obra. Saludó a Alonso con un efusivo apretón de manos y éste le correspondió tímidamente, prendado por su belleza.

Los dos artistas se volvieron a ver a los pocos días. Una mañana en el Café de París quedaron para compartir inquietudes y para planear posibles colaboraciones. Pedro creía en la posibilidad de colorear algunas fotografías ya positivadas y Alonso pensó en experimentar el tratamiento del pigmentado durante el revelado. Julián puso el punto presuntuoso cuando aseguró que llegaría un día en que sería la misma cámara fotográfica la que captaría la luz y el color en todo su esplendor. Todos afirmaron y brindaron sonrientes aunque, de lo que estaba convencido Pedro era de que la fotografía no dejaba de ser un capricho de ricos y que por lo tanto le convenía tener buena amistad con ellos. Estaban excitados y emocionados por las expectativas creativas que se adivinaban en el futuro de ambos, si bien es verdad que Alonso también se mostró encantado de poder compartir proyectos con una persona tan atractiva como Pedro.

Durante un tiempo trabajaron juntos muchos días. Se encontraban en el estudio de uno o del otro, fotografiaban, pintaban, escribían, leían o contemplaban la vida. A veces se les unía Julián e interpretaba alguna composición con su violín o cantaba ópera con la impresionante voz de tenor que poseía. En otras ocasiones también se apuntó Carmen e interpretaba actos de obras clásicas de teatro gracias a su vocación artística que despuntó en su época de estudiante y que ya tenía abandonada. La verdad era que la pareja artística funcionó durante algún tiempo en que incluso compartieron exposiciones y ganancias. Pero fue algo efímero, pronto su arte se hizo repetitivo y carente de fuerza expresiva. Ya no eran novedosos ni aportaban frescura.

La relación se enfrió. Apenas quedaban para trabajar y ambos decidieron finalmente pintar sus lienzos en solitario. Conservaron su amistad, eso sí. Pedro estaba sabía que le interesaba mucho mantener el contacto con Alonso debido a sus excelentes clientes, y éste se estaba enamorando irremediabilmente del pintor. El fotógrafo había escrito algunos poemas y versos sueltos insinuando sus sentimientos hacia él, aunque nunca se lo dijo a pesar de que tuvo impulsos. Además, escuchó en alguna ocasión unos comentarios ofensivos de Pedro hacía unos artistas declarados abiertamente homosexuales; opinaba que degradaban el concepto de artista. Entonces supo que nunca le aceptaría como amante, ni tan siquiera como persona.

Aunque Alonso llevaba algunos meses de relación oculta con Carmen, el deseo que sentía por Pedro era cada vez mayor; lo que al principio creyó que era admiración a su belleza masculina, una pasión artística, pasó a convertirse en pasión sexual. Y lloró muchas noches en que fotografió su pena, porque sabía que el amor que más duele no es el que se rechaza sino el que se oculta. Que el amor necesita expandirse porque si se queda encerrado en tu propio cuerpo acaba por corromperse y corromperte.

Durante los días más apasionados de la relación con Carmen, el fotógrafo apenas intentó pensar en Pedro. Con la prostituta era feliz y se sentía amado. Acudía muy poco al Café París para así tener poco contacto con el pintor aunque a veces se veían cuando él se pasaba por su estudio a pedirle alguna dirección interesada. Eran visitas efímeras, cordiales pero frías. Hasta que un buen día Julián invitó a Alonso y a Carmen a ver la nueva exposición de autorretratos del artista. Todos quedaron maravillados con las obras y fue un enorme éxito en la ciudad.

A partir de aquella exposición en que cada cuadro mostraba con diferentes técnicas la expresiva belleza del autor, Alonso no pudo más que constatar que en su interior la pasión por el pintor era irrefrenable. No había marcha atrás posible para sus sentimientos - para sus deseos - y mientras la relación con Carmen se iba diluyendo, los contactos con Pedro se sucedieron con más asiduidad. Era consciente de que mientras una relación no llevaba a ningún lugar, la otra no salía de ningún sitio.

Se inició una época de júbilo y complacencia. Hubieron noches en que Julián, Alonso y Pedro acabaron en el estudio de éste cenando y tomando copas, celebrando la bonanza artística y profesional. El pintor era cada vez más reconocido y su ego alimentado, aumentaba su prestigio al igual que el del camarero, que además percibía unas buenas comisiones. Mientras, el fotógrafo sentía cada vez más la paradoja de estar enamorado de quien no te puedes enamorar. Incluso llegó, en alguna ocasión, a odiar al amor, a odiarse a él y a odiar a Pedro.

Debido a que los tres amigos pasaban mucho tiempo juntos pudieron conocerse algo más. Como era lógico, con el tiempo todos descubrieron manías, defectos, virtudes, fobias, filias y vicios en los demás. Y aunque todas esas características personales fueran evidentes, confesables, respetables, naturales y humanas, hubo un detalle que no agradó a Julián; no soportaba que Pedro se inyectara morfina. Había visto a varios amigos morir por culpa de ella y en alguna ocasión amenazó al pintor con difundir el asunto si no dejaba de suministrarse el fármaco. A Alonso, en cambio, no le importaba la actitud del pintor - mientras controlara la dosis - porque sabía que muchos artistas utilizaban sustancias dopantes o excitantes. Pero también conocía el terror que sentía Pedro ante la perspectiva de que el camarero airease su vicio. Dudaba que consiguiera dejarlo, aunque el pintor le juró en varias ocasiones que lo haría, y le pidió a Julián en más de una ocasión que no cumpliera sus amenazas ya que podría desencadenar una tragedia.

Nadie más supo de la adicción de Pedro. Pero Alonso ya no podía soportar más su estado anímico y sentimental. Ante la perspectiva de que alguno de sus amigos acabaran por hacer una locura decidió cometer el estropicio el mismo. Ya que Pedro nunca sería su amante decidió que no sería el de nadie. Ya que su adicción era demasiado fuerte decidió que antes de que acabara degradándose más acabaría con su vida, ahora que aun mantenía su habitual belleza. Ya que veía cada día más evidente la posibilidad de que Julián hundiera la vida del pintor confesando su secreto, prefería acabar él mismo con la vida de Pedro, pues nadie más le amaba y le odiaba con tanta absurda pasión.

Mientras Alonso observaba a Carmen a través del objetivo y dejaba todo preparado y ajustado para comenzar la sesión fotográfica, pudo lanzar una mirada a Julián y a Pedro que observaban la escena por encima del biombo. Recordó donde llevaba el frasco de producto químico con el que adulteraría la dosis de morfina. Seguramente esta noche, como cada noche, antes de acostarse, el pintor se inyectaría la droga y posiblemente si todo salía según lo planeado no vería ningún otro amanecer. Pensaba Alonso, justo antes de accionar el disparador, que las vidas pueden ser como las fotografías, que de la oscuridad surge la luz y permanece en el tiempo. Pero que algunas vidas, como algunas fotografías, en exceso iluminadas pueden velarse y su imagen desaparecer para siempre.